

Jóvenes entre la familia, la formación y el empleo¹

-Estructuras de apoyo a sus transiciones-

Dr. Jesús Hernández Aristu.

Profesor Titular de la Universidad Pública de Navarra

Dpto. de Trabajo Social

Una nueva generación con buena formación y ante un mundo que ofrece un espectro amplio de oportunidades se encuentra a las puertas del mercado laboral. El aumento del empleo que reflejan las estadísticas podrían encubrir una situación, la de muchos jóvenes españoles a los que la precariedad laboral y los bajos sueldos hacen que desarrollen estrategias de supervivencia para el momento, manteniendo posiciones de dependencia, de la familia, de ayudas externas. Falta de proyecto de vida podrían suponer una pérdida para todos, para ellos y para la propia sociedad. De ahí que abogemos por la creación de estructuras de apoyo a los jóvenes tanto en lo referido al aumento de recursos laborales para ellos como al asesoramiento, orientación y apoyo en fases difíciles de sus biografías. Todo ello con el objetivo de ayudar a completar el ciclo de la socialización y a alcanzar el status de adultos

Palabras clave: *jóvenes, socialización, empleo-desempleo, precariedad, tránsitos, quiebros, reversibilidad, dependencia – emancipación, identidad, estructuras de asesoramiento, apoyo social.*

Introducción

Que la juventud ha dejado de ser un privilegio de las clases altas no hace falta probarlo, por evidente. La obligatoriedad escolar que llega en nuestro país hasta los 16 años y que se cumple prácticamente al cien por cien hasta la escolarización de la mitad de todos los jóvenes hasta los 24 años e incluso en un casi 8% de los 25 hasta los 29 años, son signos claros de una

sociedad con una juventud que se ha extendido a todas las capas sociales como un fenómeno universal. Los y las jóvenes durante muchos años pueden permitirse "el lujo" de no trabajar, de prepararse para la vida, de posponer la satisfacción inmediata por alcanzar cuotas de participación social, laboral y económica más altas. La universalización de la juventud al igual que la obligatoriedad escolar hasta los 14 o 16 años se consideran como éxitos en el camino hacia la igualdad de oportunidades o si se quiere como consecuciones de la clase trabajadora, arrebatando o alcanzando los privilegios de las clases pudientes. Sin embargo estamos observando que lo que ha sido interpretado como signo de la consecución de unos objetivos comienza a ser una condena, una condena a ser

¹ Para la realización de este artículo nos hemos apoyado sobre todo en los trabajos de investigación que el equipo INSONA del Departamento de trabajo social de la Universidad Pública de Navarra viene realizando sobre temas de juventud, empleo y formación, familia desde 1994 y de las que han quedado constancia en varias publicaciones (Hernández Aristu/López Blasco 1995, 1996, 1998. y López Blasco/ Hernández Aristu y otros, 1999, 2001).

jóvenes para siempre, precisamente para aquellos/as que provienen de familias menos pudientes, de las clases más bajas de la sociedad. A no ser que la propia sociedad, una vez más reaccione, y lo haga a tiempo, para evitar que se extienda esta condena a amplias capas sociales, creando en poco tiempo la paradoja de que ser joven sea sinónimo de discriminación, de exclusión, o existencia en precario. De todo ello vamos a reflexionar en ese artículo.

Definir la juventud: un problema sociológico con implicaciones políticas

Al hablar de "juventud" parece que todo el mundo sabe de qué va, siendo así que se usa el concepto en muchas acepciones. Igual se habla de la juventud como de un espíritu que trasciende toda edad y situación, como se habla de un estilo joven, como se habla de juventud como una fase de la vida, como un adjetivo que se une determinadas actuaciones, se habla de juventud como generación, como condición social, como moratoria de vida, como una cultura, incluso como una subcultura, en fin, como resume Serrano-Pascual (1995) "en función de los contextos semánticos la juventud puede significar tanto amenaza como víctima, tanto problema como porvenir tanto sujeto como objeto, tanto marginación como adaptación, tanto estado como estadio, tanto peligro como valor, tanto esperanza como miedo, tanto negación del futuro como símbolo del porvenir" (pag.189). Zárraga (1985) lo había advertido ya cuando significó que la juventud se ha convertido con el tiempo "en un término abstracto que encaja cómodamente en cualquier discurso" (pag.3). Claro que según entendamos y definamos la juventud, según los "constructos sociales", podemos estar definiendo también las políticas sociales de juventud, como lo ha señalado Münchmeier (véase Hernández Arístu/López-Blasco 1996, pág. 23). De ahí que queramos explicitar nuestro posicionamiento respecto a lo que consideramos como juventud para este

artículo, sin pretender por ello querer cerrar la cuestión. Aunque probablemente en todas las sociedades, también antiguas se haya considerado algún tiempo o edad como tiempo o edad joven, ahora nos interesa la perspectiva de las ciencias sociales, sobre todo desde la sociología y haremos referencia al tiempo en que las personas necesitan para llegar a convertirse en adultos, es decir a tomar una posición social como miembros independientes y autoresponsables de sus propias vidas, e incluso de asumir la responsabilidad de la reproducción social y biológica o generacional. A nuestro modo de ver, el concepto que mejor describe este fenómeno de tránsito de una situación de dependencia y des-responsabilidad hacia otra de independencia, emancipación y autonomía, es decir de adulto es el concepto de socialización (véase Hernández Arístu 1991).

Clásicamente se ha considerado como proceso de socialización el referido a la adquisición de un status determinado social por parte de los individuos en una sociedad, de modo que cada individuo se convierte en parte reconocida y reconocible de la sociedad a la que pertenece: idioma común, compartición de valores, tradiciones y formas de vida, al igual que la adquisición de roles sociales son elementos que hacen que una persona sea considerada y se considere a sí misma como miembro de esa sociedad. La escuela en todas su modalidades, la familia, normalmente pareja estable y públicamente documentada y con hijos, ha sido durante mucho tiempo dos de las instituciones fundamentales para adquirir la posición social del individuo. El aprendizaje de una profesión como rol social ha sido considerado en la sociología como el punto de encuentro, de coincidencia en la relación individuo-sociedad. Desde la perspectiva del individuo la profesión es una forma estandarizada de cualificación para el trabajo, que le permite al individuo no solo participar en los sistemas de trabajo, y competir por el acceso a un puesto de trabajo, sino que además y sobre todo la profesión y su ejercicio da identidad a las personas. A la pregunta de ¿quién es Vd.? la mayoría tiende a responder dando como

“seña” de identidad su propia profesión: Albañil, ingeniero, profesor/a, médico, abogado/a son nominaciones profesionales que adquieren un carácter identitario.

Desde la perspectiva social la adquisición de una profesión se convierte en un proceso de asignación por parte de la sociedad de un lugar diferenciado en la misma. Al asignar el lugar, la sociedad determina no solo un puesto, sino un lugar en relación jerárquica con otros, es decir cada asignación lleva consigo también la impronta de la desigualdad social más acorde con la división social del trabajo. Por tanto concluimos con Voss (1997). “Profesiones son, por tanto, instancias sociales que por un lado regulan el modo en que las personas se relacionan con la sociedad y cómo pueden actuar en ella, y por otro determinan igualmente el modo en que las instituciones sociales pueden actuar sobre el individuo, cómo los pueden clasificar y cómo adscribirles privilegios o desventajas, cómo influir sobre sus personas” (pág. 207). Tradicionalmente han sido las escuelas o sistemas mixtos escuelas –empresas e instituciones formativas en general las encargadas de transmitir la profesión como preparación para el ejercicio de la misma en las empresas o en los servicios y que culminaba el proceso de socialización depositando de alguna manera al individuo en un puesto de trabajo adecuado a su formación. El individuo alcanzaba con ello la mayoría de edad, no la jurídica que normalmente la obtenía con el cumplimiento de los 18 años, o de edad similar según las sociedades, sino que adquirirían la edad adulta como sujetos capaces de interactuar responsablemente en la sociedad. La escolarización, el aprendizaje de una profesión daban al individuo al mismo tiempo orientación, perspectiva de futuro, y en definitiva motivación para seguir siendo copartícipe del conjunto social, de los recursos económicos, sociales y culturales, a la par que se convertía en creador de esos mismos bienes. Conseguida la edad de adultos las personas dejaban de ser jóvenes, es decir abandonaban el status de dependencia, de

provisionalidad, de moratoria para alcanzar el status de adultos, completando así el proceso de socialización que se consideraba entonces terminado. La mayoría de los autores denominaban a este tiempo de preparación como “juventud” considerándolo como un paso, como una transición, como algo provisional, hasta alcanzar la edad-status de adulto. Desde la perspectiva temporal este espacio duraba según las sociedades entre los 13 y los 24 años. Durante ese tiempo se consideraban las políticas sociales juveniles como ayuda a evitar las desviaciones, del previsto y válido itinerario, y/o también como ayuda a su emancipación, económica y emocional de sus progenitores, y apoyo a su potencial innovador. El acceso a un puesto de trabajo se convertía así en el último y definitivo peldaño que daba sentido a todo el tiempo de preparación anterior, cerrando así el ciclo del periodo de juventud.

No creemos que todos estos elementos hayan dejado de ser valederos todavía para una parte importante de la juventud, pero estamos también observando situaciones en las que muchos jóvenes se encuentran sin poder alcanzar el último tramo, el decisivo, para, abandonando la fase preparatoria, entrar en la edad y status de adultos. Los cambios y transformaciones sociales que están afectando a toda la sociedad en su conjunto, se manifiestan de un modo especial y relevante en la vida de los (algunos) jóvenes que se encuentran en la tesitura de tener que permanecer jóvenes de por vida. La edad no será tanto el factor decisivo (se habla ya de juventud hasta los 35 años) sino el status, la posición social, el criterio dependencia-independencia. ¿qué es lo que ha ocurrido?, y ¿podemos hablar todavía de socialización? ¿podemos hablar todavía de juventud como tránsito, como paso, como fase?. ¿Podrán los jóvenes desarrollar un sentido de pertenencia a una sociedad?, ¿a cual?. ¿Qué puede hacer la sociedad en su conjunto por sus nuevas generaciones, ¿qué nuevas estructuras son necesarias para que los jóvenes obtengan una perspectiva de futuro?.

Quebrantamientos sociales y quiebros biográficos

La linealidad biográfica expresado en términos de tiempos de preparación y de acceso a la edad adulta, que suponía un tácito compromiso de las generaciones de los progenitores de hacer sitio a las nuevas generaciones, como garantes éstas de continuidad de la propia sociedad, y de la seguridad de los mayores a través de las rentas, lo que se ha considerado como pacto intergeneracional, queda quebrada en una sociedad en que se han cuestionado los principios que la mantenían más o menos unida, más o menos cohesionada. El Estado ha sido durante el siglo pasado, o mejor en la sociedad industrial en términos generales, el garante del pacto intergeneracional asumiendo el papel de regulador de esas relaciones, al par que asumía funciones de árbitro entre los dos grandes sistemas, el del Capital y el del trabajo. Su función redistribuidora se ha concretado en lo que ha denominado como Estado de Bienestar, en el que se garantizan para todos la satisfacción de las necesidades más perentorias de las personas, especialmente en lo referente a la educación, a la salud, y a los sistemas de seguridad social en general. El resultado fue sin duda un sistema social más o menos cohesionado en que los agentes sociales, sindicatos, empresariado y el propio estado mantenían un cierto equilibrio entre los intereses del capital, los de los trabajadores y de la ciudadanía en general, y en el que quedaban asegurados unos derechos sociales para todos que hacían de alguna manera el futuro predecible. Como resume Castells (1997) "El Estado de Bienestar en Europa y otras áreas desarrolladas en los últimos cincuenta años ha dinamizado la economía y hecho posible que las personas se sintieran individuos con futuro y ciudadanos con derechos en la práctica" (pág. 178). Pero la continuidad de este Estado está cuestionada. La globalización de la economía, de los medios de comunicación, al igual que la tecnologización de los medios de producción unido, no casualmente,

al triunfo ideológico neoliberal hacen que el Estado y su función no solo haya perdido plausibilidad, sino también legitimidad. Los/las ciudadanos/as perciben cada vez con mayor nitidez cómo los estados pierden poder, poder de garantizar el bienestar para todos, de mediar entre intereses y de garantizar el futuro mediante políticas de recaudación y de redistribución. El mercado de trabajo antaño representaba un lugar en el que se mantenía un cierto equilibrio entre la competitividad y la seguridad del empleo. Trabajar en una empresa significaba tanto como tener asegurado el futuro, tener trabajo significaba tanto como ser "alguien en la vida". Las cualificaciones profesionales obtenidas durante el periodo de formación tenían validez durante mucho tiempo. Actualmente sin embargo en la lucha por mantener cuotas de mercado, las empresas y el capital no se hallan atadas ni vinculadas ni comprometidas con los estados, más aún rotas las barreras arancelarias, el capital y las mercancías pierden su "localización", que ahora se convierte en flexible hoy aquí, mañana allá- y globalizado. Se buscan mercados de fuerza de trabajo en sitios en los que la producción resulta más barata. Las cargas sociales típicas de los estados desarrollados, sobre todo en Europa y que contribuían a mantener el Estado de Bienestar, hacen a las empresas menos competitivas en aquellos estados en los que la "propiedad obliga socialmente", en los estados sociales.

Desde esta perspectiva el mercado de trabajo no solo se ha convertido más flexible, sino que además se ha tecnologizado de tal manera que por un lado se crean empleos para personas superespecializadas, mientras por otro crecen los puestos de trabajo, para los que no se necesita especialización alguna creando lo que se ha denominado como segmentación del trabajo que tiene como consecuencia una segmentación de la propia sociedad: Por una lado los puestos de trabajo seguros, bien remunerados y por otro los precarios, los mal pagados y para los que hay "colas esperando" y que lleva a la categorización de trabajadores productores, y trabajadores

superfluos con la consiguiente "desorganización de la clase trabajadora" como nos advierte Castells (1997 y 1999). El resultado es que la propia sociedad queda segmentada, fraccionada, o si se prefiere desconexionada. Tezanos (2001) explicando el desdibujamiento de las clases medias nos dice que: "La implementación de formas y procedimientos de trabajo está dando lugar a efectos importantes: muchos de los viejos trabajos de clase media están perdiendo status y prestigio social, pasando a convertirse en una pieza más de un conjunto de tareas indiferenciadas; en segundo lugar se está asistiendo a una frustración creciente de las expectativas ocupacionales de muchos activos de clase media debido a que buena parte de sus títulos y cualificaciones ya no son "imprescindibles" para la ejecución de los trabajos que efectivamente realiza" (pag.300).

El resultado de estas transformaciones y quebrantamientos sociales llevan a crear en la ciudadanía en general una sensación de inseguridad y de incertidumbre. Los puestos de trabajo dejan de ser estables para pasar a ser dinámicos y flexibles, las formaciones obtenidas en la práctica profesional y en la formación puede quedar en poco tiempo obsoletas, inservibles, se impone el reciclaje profesional, la formación continua, la flexibilización mental, el aprendizaje de por vida. Beck (1997) resume así el cambio, la transformación, el quebrantamiento sociales: Tras la reconstrucción de nuestras sociedades después de la segunda guerra mundial y una fase de prosperidad, "nos encontramos ahora en la fase de una sociedad mundial del riesgo en la que ha vuelto la incertidumbre, no solo en el sentido de un quebrantamiento de las bases en las que se fundamentaba la confianza, y de duda de sí las instituciones clave del mundo industrializado, el derecho, la economía y la política serán capaces de domesticar y controlar con los medios instrumentales de los que disponen las consecuencias que ellas mismas han originado, sino también en el sentido de que – y sin

consideración de clases por ingresos -, *biografías del bienestar* se transformen en *biografías del riesgo*, a las que se les ha privado de la seguridad material para el futuro y de una identidad social" (pág. 23). Si esta es la situación en general, la de los jóvenes adquiere trazos dramáticos. El dramatismo viene no solo del hecho de sus condiciones de vida, sino también porque la juventud mejor formada de la historia española sea precisamente la que peores salidas tenga en el mercado laboral, con lo que ello significa de despilfarro de recursos humanos, y la consiguiente frustración para los propios jóvenes y la generación de sus padres que con frecuencia han proyectado sus esfuerzos económicos y psicológicos en sus hijos en la creencia que la mejor formación, sería garantía de mayores y mejores oportunidades en el mercado de trabajo, compensando así en parte su propio déficit formativo considerado por ellos como un impedimento en sus aspiraciones laborales, sociales y económicas.

Los/las jóvenes mejor preparados a la cola de los empleos y bajo la tutela de los padres

Según los últimos datos del Ministerio de Educación y Ciencia valederos para el curso 2000-2001 los jóvenes entre 14-15, edad escolarización obligatoria- están al 100 % escolarizados. De los jóvenes entre 16 y 17 años el 84,20 %, de los 18 a los 20 el 63.1 %, de los entre 21-24 años el 32.1 % y finalmente entre los 25 y los 29 el 7, 5%. Comparados estos datos con los del año 87/88 observamos un aumento espectacular en la escolarización en todos los tramos de edad, una diferencia de casi 24 puntos en el tramo entre 16 y 17 años, 26 puntos en la edad entre 18 y 20, 13 puntos en la edad siguiente entre los 21 y 24 e incluso en la edad entre los 25 y 29 hay una diferencia de casi 3 puntos. Obsérvese la tabla siguiente

Tabla 1

Escolarización por años y edad

Edad	1987-88	1992-93	1996-97	2000-01
0-3	18,1%	45,8%	66,7%	86,7%
4-5	95,0%	100,0%	100,0%	100,0%
6-13	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%
14-15	88,0%	97,1%	100,0%	100,0%
16-17	60,7%	72,6%	79,2%	84,2%
18-20	37,3%	47,9%	56,5%	63,1%
21-24	19,1%	24,4%	30,8%	32,1%
25-29	4,7%	6,2%	7,1%	7,5%

Fuente: Ministerio de Educación y Ciencia

Si a los datos de escolarización en alguno de los sistemas y grados de formación reglada unimos la oferta de cursos de formación ocupacional y continua en la que al rededor del 70% son participantes jóvenes menores de 30 años, tendremos una idea más completa del grado de formación de los jóvenes. Los cursos que se ofrecen por ejemplo en el INEM dentro del marco del Plan Nacional de Inserción Profesional y en el que participan cada año más 130.000 personas son completados por los cursos de formación ocupacional cofinanciados por la Union Europea a través del Objetivo 3 del Fondo Social. En el sexenio 1994 –2000 han participado en torno a 1.000.000 de personas de las que la mayoría son jóvenes y mujeres.

Sin entrar en más detalles estadísticos podemos concluir que nos encontramos no solo con la mejor juventud formada, sino que además con resortes de formación que tienen como objetivo la mejora de la empleabilidad de las personas que participan en ella, en especial los jóvenes y como hemos dicho también las mujeres. Sin embargo esas instancias de formación se convierten al mismo tiempo en espacios de espera para los jóvenes. La presencia prolongada de los/las jóvenes en instituciones formativas, ya sean éstas de carácter formal o informal está indicando que muchos jóvenes siguen estrategias de alargamiento de la fase de dependencia y de preparación. La fé en que la mejor manera de encontrar trabajo es tener buena formación sirve de acicate para que una parte importante de la juventud afronte situación

que se presenta de inmediato como difícil de superar con estrategias formativas.

Hace ya un tiempo que sabemos que las formaciones con sus títulos son necesarias para encontrar trabajo, pero también de que la formación no garantiza ningún trabajo, más bien la formación se presenta como acumulación de capital para pujar en un mercado de trabajo, en el que la oferta de puestos de trabajo bien remunerados escasea, y que en el segmento de trabajos que exigen menos cualificación se da una presión muy fuerte de los mejor preparados sobre los que traen cualificaciones peores, en definitiva que la formación es una estrategia más de competitividad por bienes (puestos de trabajo) escasos. ¿Cual es pues la situación laboral de los/las jóvenes en España?

Ha mejorado la estadística de empleo, pero ¿ha mejorado el empleo mismo?

Si comparamos las cifras de empleo de los últimos años nos damos cuenta que los sistemas de producción y de servicios con sus medios tecnológicos y apesar de la competitividad necesaria para las empresas, están creando empleo y por tanto van mejorando las tasas de empleo no solo para la población en general, sino para los/las jóvenes en particular como puede observarse en la tabla siguiente:

Tabla 2

Tasas de paro por edad entre 1994-2001. En %

Año	16-19	20-24	25-29	total
1994	54,2	43,5	32,2	24,5
1995	51,4	41,0	31,0	23,5
1996	50,0	41,1	30,8	22,9
1997	51,8	37,0	28,5	21,4
1998	47,1	34,3	25,0	19,6
1999	40,7	29,4	22,0	16,9
2000	37,3	25,5	18,9	15,0
2001	32,4	23,3	16,4	13,4

Fuente: EPA, primer trimestre de cada año

A pesar de la mejora estadística del paro, sin embargo seguimos en España a la cola de la Unión Europea tanto en que se refiere a las cuotas de desempleo en general sino sobre todo a la de los jóvenes. No pretendemos hacer aquí un estudio exhaustivo de carácter estadístico sobre la situación del empleo juvenil, pero si recordaremos algunos datos que nos pueden servir de referencia para hacernos una idea de la situación que viven algunos jóvenes.

Lo primero que queremos resaltar es que existe un desequilibrio entre la formación de los jóvenes y los empleos que reciben. Solamente un 10% de los empleados jóvenes acceden a puestos de trabajo en los que se requiere una formación técnica. El resto de los puestos que ocupan los jóvenes podemos considerar que son empleos para los que no se necesita formación específica y muy alta y que por tanto podrían ser ocupados por cualquier otro trabajador/a. La segunda característica del empleo juvenil es su precariedad, es decir que los jóvenes son los que más contratos al año firman. Así según datos del INEM para 1999 los jóvenes entre 20-24 años son los que mayor número de contratos firman y suponen el 25-26% del total de contrataciones firmadas anualmente. Los jóvenes en edades comprendidas entre 25 y 29 años, los que están en edad de asentamiento laboral, firman un 21 % del total de los contratos celebrados. Si esto añadimos que entre un 8 y un 9 % de los contratos son firmados por jóvenes entre 16 y 19

años, sabemos que prácticamente el 50 % de todas las contrataciones anuales son de jóvenes. Además y para acabar este análisis laboral la media de contratos por año para jóvenes entre 16 y 19 años es de 3,2 contratos, mientras que para un adulto el porcentaje está entre el 0.5 en los 40-44 años y de 0.2 entre los 59 y más años. Por lo que podemos concluir que los jóvenes aun accediendo en mayor número estadístico al trabajo su situación personal no ha cambiado mucho. La precariedad del trabajo junto a las remuneraciones bajas propias de trabajos periféricos hace que los jóvenes no puedan proyectar su futuro, y por más que les gustaría salir o emanciparse de sus casas no lo hacen porque no lo pueden hacer. De ahí que la familia no solo se haya convertido en un colchón social para muchos de ellos, sino también en un refugio emocional desde donde esperar a mejores tiempos. La tasa de permanencia de los hijos/as en la casa paterna-materna en España supera todas las previsiones, y deja pequeñas las cifras de cualquier país europeo. Este hecho igualmente nos está indicando que el paro juvenil no es una cuestión estadística, sino una cuestión también existencial. Tener trabajo y trabajo estable y remunerado significa mucho, tiene un valor alto en nuestra sociedad. Por él pasa la proyección del futuro, la emancipación y las relaciones estables de pareja, y la procreación. Lo contrario supone precariedad, presentismo es decir vivir el momento, falta de futuro y de proyección de vida. De ahí que nosotros vengamos reclamando desde

hace un tiempo la necesidad de crear estructuras de apoyo para los/las jóvenes.

Estructuras de apoyo local

Desde el panorama descrito aun de un modo impreciso, en el que faltan muchos otros detalles de importancia como la situación de la mujer joven, la importancia del origen familiar y de clase social para dar el salto al empleo, nos debemos preguntar qué podemos hacer o hacia donde deben dirigirse las nuevas políticas juveniles. Manuel Castells (1999, pag. 23 y ss) en un posicionamiento más optimista que el alemán Ullrich Beck, nos advierte de que la mayor parte de los trabajadores tiene su empleo (hasta un 90 %) en empresas locales, ni siquiera nacionales, a lo sumo regionales, por eso no hay que creer que la gente trabaja en empresas globales, lo que ocurre es que "las actividades económicas centrales, nucleares de nuestras economías trabajan como una unidad, en tiempo real, a escala planetaria a través de una red de interconexiones" (pag. 26) Esta reflexión nos viene muy bien para el planteamiento que queremos hacer ya que en el ámbito local es donde quizá se pueda actuar mejor, más efectivamente, reforzando o creando estructuras de apoyo, con un doble objetivo: aumentar los recursos de cara a la creación de empleo o de medidas que ayuden a los jóvenes a superar los tiempos sin trabajo, por un lado y por otro para apoyar el mundo de la vida del joven, de modo que pueda desarrollar su propia personalidad más allá o más aquí del empleo. Llamamos estructuras de apoyo aquellos espacios institucionalizados de espera y mejora de las oportunidades y de las propias habilidades para acceder al mundo del trabajo por un lado y por otro a sobrevivir en una sociedad en transformación (Véase Hernández Arístu 2001 pág. 49). Mientras tanto hemos llegado a la conclusión que los ámbitos locales pueden igualmente a través de estas estructuras ampliar su campo de influencia hacia la generación de recursos laborales o hacia la creación de bolsas, apoyos económicos

transitorios a los jóvenes en los espacios entre empleo y empleo, de modo que puedan contar con una cierta seguridad económica que les permita planificar su futuro. Hemos constatado en diálogos y entrevistas con jóvenes, que el fenómeno de la reversibilidad, es decir los pasos en zig-zag de su proceso de socialización, de entradas y salidas del mercado de trabajo unido a los salarios bajos que perciben les lleva a gastar mientras tienen en bienes de consumo, porque no merece la pena ahorrar, porque con los ahorros posibles nunca lograría estabilizar su economía, por lo tanto viven el momento. Su precio es la falta de proyección, la falta de proyecto de vida, que les mina la identidad y la autoestima. Durante muchos años los ayuntamientos ya administraciones locales han destinado una parte importante de sus recursos financieros a la construcción de infraestructuras, carreteras, redes de aguas potables para todos, accesos eléctricos etc., mejora de las calles y calzadas, a la creación de los servicios sociales y culturales.

¿Habrá llegado ya el momento de invertir para la estabilización laboral y la estabilidad emocional de los jóvenes? García Roca (2001, pág. 103)) apunta en esta línea cuando dice hablando del tercer sector, el de la economía social, que los proyectos de inserción laboral afecta a la resocialización, a la reconstrucción de la identidad y a los dinamismos sociales" y aportan tres elementos fundamentales: la creación de vínculos sociales, superación del aislamiento, y a reforzar la autoestima.

Para ello es necesario trabajar en la doble vía: la de crear empleo, movilizar recursos y ofrecer orientación y apoyo en el desarrollo de la propia personalidad de los/las jóvenes.

En una época en que las empresas estatales y con ellas una parte importante del empleo social va desapareciendo en línea con las privatizaciones, esté más que justificado pensar y propiciar que ese empleo se recupere a través del sector local, sea de iniciativa social o municipal y con apoyo de medios públicos. No podemos condenar a un

sector importante de la población sencillamente a una vida de joven para toda la vida, sin que ello revierta negativamente en la propia sociedad, en la economía y en a paz social y en la vergüenza de ser una sociedad rica, llena de recursos, que deja malvivir a una parte de su población, a los (algunos) jóvenes, la generación mejor preparada.

Bibliografía

Aguinaga, J., Comas,D (1996). Cambios de hábito en el uso del tiempo. Madrid: INJUVE

Alisch, M. y Dangschat J.S.(1998) Armut und soziale Integration. Strategien sozialer Standortentwicklung und lokaler Nachhaltigkeit. Opladen. Leske +Budrich

Alvarez,R., Azafra,MªJ.,Cuesta,M. (1997). Economía y Juventud. Madrid:INJUVE.

Angulo Uribarri,J.(1996) Vivienda joven de Europa. Vivienda y juventud en España. Madrid:INJUVE

Beck,U.(1986) Risikogesellschaft. Auf dem Weg in eine andere Moderne. Frankfurt a.M.: edition suhrkamp.

Beck, U. (editor) (1997) Kinder der Freiheit. Suhrkamp. Francfort.

(1999). Schöne neue Arbeitswelt., Vision.: Weltbürgergesellschaft. Francfort. Campus.

Castells, M. (1997) La era de la información.Economía, sociedad y cultura.Vol . 1 La sociedad Red. Alianza Editorial

El futuro del Estado de Bienestar en la sociedad informacional. En Ginés S.y Sarasa S.(editores) .(1997) Ariel . Barcelona pgs.173- 189.

Castells, M/Esping-Anderssen (1999) La transformación del trabajo. La factoría cultural.Colomers.

Centro de Investigaciones Sociológicas(CIS) (1996) Expectativas y preocupaciones sociales de los jóvenes. Madrid,CIS

Cruz Cantero P, y Santiago Gordillo,P. (1997) Juventud y entorno Familiar,. INJUVE. Madrid:

De Miguel, A. (2000). Dos generaciones de jóvenes 1960-1998. Injuve. Madrid

Esping-Andersen, G.(1993). Los tres mundos del estado de bienestar. Valencia: Edicions Alfons el Magnànim/IVEI.

Fischer, A y otros: (2000) Jugend 2000. 13.Shell Jugendstudie. Opladen.Leske + Budrich..

García Roca, J. (2001): Tercer sector e inserción social. En: López-Blasco A. /Hernández-Aristu, J.(comp..) (2001) Jóvenes más allá del empleo. Estructuras de apoyo a las transiciones de los jóvenes. Naullibres. Valencia

Giarini O. /Liedke P.M. Del dilema del Empleo. El futuro del trabajo. Gaslaxia Gutenberg.Informe del Club de Roma

Giddens,A. (1994) Consecuencias de la modernidad. Madrid: Alianza

Giddens,A.(1995). Modernidad e identidad del yo. El yo y la sociedad en la época contemporánea. Barcelona:Edic. Península.

Hamburger, F. (1996). Ambitos de intervención socio-educativa y perspectivas para la educación permanente de adultos al cambio de siglo. En: Hernández A. J. y Lopez B.A. Madrid MEC, pags. 47 y ss.

Hernández, J. /Lopez, A. (1995) La familia en Navarra, individualización o redes sociales. En : Documentación Social. Revista de estudios sociales y sociología aplicada. Madrid . Caritas española nº 98

(1995). Informe sobre la Familia en Navarra.
Universidad Pública de Navarra. Pamplona

Iglesias de Ussel, J. Familia (1995).
Documentación social .Revista de Estudios
sociológicos y sociología aplicada. nº 101 Caritas
Española. Madrid

INJUVE, (1998). Juventud y calidad de vida.
Madrid:INJUVE

Instituto Navarro de deporte y Juventud; 1997:
Jornadas de Juventud. Memoria. Gobierno de
Navarra. Pamplona

López,A., Hernández,J.,Viscarret,J.J., Cabasés.,
Errea,J. (1999). Jóvenes en una sociedad
segmentada. Valencia: Naullibres.

López-Blasco A. /Hernández-Aristu, J.(comp..)
(2001) Jóvenes más allá del empleo.
Estructuras de apoyo a las transiciones de los
jóvenes. Naullibres. Valencia

Machado País, J. (1997) El futuro,,, ¿es de todos
por igual o de unos más que de otros?. Culturas
Juveniles, ocios, estilos de vida. En: Younis,
J.A. Ni diferentes ni indiferentes. Los jóvenes en
el mundo de hoy. pgs 111-132. Maspalomas,
Fundación Maspalomas. Universidad de verano
de Maspalomas.

Martín Serrano, M (1997) Juventud y Consumo.
Madrid: Instituto Nacional de Consumo.

(1997) Informe Juventud en España .Injuve. Madrid

Pérez-Díaz,V.,Chuliá,E., Alvarez-Miranda,B. (1998).
Familia y sistema de bienestar. La experiencia
española con el paro, las pensiones, la sanidad
y la educación. Madrid: Fundación Argenteria-
Visor Dis.

Revista De Juventud, nº 39/ 1997. Monográfico
sobre Juventud y familia.

Timmermann, E. (1998). Das eigene Leben leben.
Autobiographische Handlungskompetenz und
Geschlecht. Opladen. Leske + Budrich

Tezanos, F.(2001) La sociedad dividida.
Estructuras de clases y desigualdades en las
sociedades tecnológicas. Biblioteca Nueva.
Madrid.

Voss, G.G. y Pongratz, H.J. (1997)
Subjektorientierte Soziologie. Leske + Budrich.
Opladen

Union Europea: (...) Libro Blanco sobre los
jóvenes.